

FRANCISCO VALENCIA

P S H D

mano*Santa*
E D I T O R E S

COLECCIÓN: PRUEBA DE AUTOR

P S H D

CONOCE NUESTRO CATÁLOGO

<https://manosantaeditores.wixsite.com/poesia>

Primera edición: marzo de 2025

D. R. © Francisco Valencia

D. R. © Mano Santa Editores, por la edición.

Director: Jorge Esquinca

Editor: Emmanuel Carballo Villaseñor

Diseño y diagramación: Luis Fernando Ortega

Colección: Prueba de autor

Dirigen: Luis Fernando Ortega y Lizzie Castro

Diseño y Diagramación: Luis Fernando Ortega

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

FRANCISCO VALENCIA

P S H D

mano*Santa*
E D I T O R E S

COLECCIÓN: PRUEBA DE AUTOR

*No importa haber envejecido y haberse arruinado y
estar en las últimas ya en todo, porque a fin de cuentas
el drama le había servido para comprender por qué,
dentro de la tan conocida nulidad del hombre en general
y de la no menos famosa nulidad de su paso por
este mundo, existen de todos modos unos cuantos
momentos privilegiados que hay que saber capturar.*

Enrique Vila-Matas

*A lo largo de los últimos dos meses de mi vida
no ha cambiado nada, pero me da la
impresión de que han pasado muchas cosas.*

Mieko Kawakami

VIAJÉ A SAN JOSÉ DEL PACÍFICO, OAXACA, el miércoles 18 de diciembre, llegando alrededor de las once de la mañana a casa de Amairani, justo a la entrada del bosque. Es una jovencita muy segura, afable y que transmite confianza. Tiene diecisiete. Empezó a consumir hongos a los quince, luego de un intento de suicidio. Dado que era mi primera experiencia con los hongos, me sugirió el denominado Derrumbe: PSHD y me dio una charla introductoria. También me preguntó la razón por la que quería consumirlo. Le dije que deseaba reflexionar sobre un problema amoroso que llevaba bastante tiempo agobiándome.

Mi respuesta le agradó:

—Mucha gente viene sólo por morbo, o para echar desmadre. El hongo no es un vegetal o algo inanimado; es una persona, alguien que va a dialogar contigo, incluso a regañarte, si el caso lo amerita. Yo voy a estar aquí, Francisco, para cuidarte y estar atenta a tu viaje. Si te sientes mal, me llamas.

La casa de Amairani es pequeña y sencilla. Tiene un patio central con tres hamacas, sillas de madera y una mesa. A la derecha hay un pequeño cuarto en donde almacena artesanías y su dotación de hongos. A la izquierda está la cocina, un pequeño baño y las habitaciones.

Salimos temprano de la ciudad de Oaxaca un grupo de seis personas conformado por un matrimonio con su hijo adolescente, una joven pareja chiapaneca y yo. Cruzamos la sierra sur y llegamos a San José como a las diez. Por recomendación de nuestro guía tomé un desayuno ligero. Las dos parejas subieron al bosque y yo me quedé en casa de

Amairani. La mañana era agradable. Soplaban una brisa tenue y refrescante.

6 Tomé la infusión con el hongo y me recosté en una de las hamacas del patio. Los primeros síntomas aparecieron aproximadamente 45 minutos después: el enorme árbol que está frente a la casa de Amairani intentaba caminar hacia mí. Hacía esfuerzos por dar un paso, pero sus raíces se lo impedían. Entonces dirigió sus ramas adonde me encontraba, por fortuna sin alcanzarme. El viento arreció, provocando ráfagas, poderosos silbidos y mucho frío. En otra de las hamacas, perpendicular a la mía, estaba recostado el adolescente, quien se negó a acompañar a sus papás al bosque. Sentí que no me quitaba la vista de encima, incluso que me grababa con su celular. Me incomodó. Entre la presencia de aquel joven y los intentos del árbol por avanzar, empecé a ponerme paranoico. Además, me estaba congelando.

—Amairani, tengo muchísimo frío ¿me prestas una cobija, por favor?

Me tapó, pero ni así se me quitó la temblorina. Tiritaba de frío y de miedo. Le volví a gritar.

—¿Cómo te sientes, Francisco? Ya empezó tu viaje, ¿verdad?

—Sí, ya empezó, pero no se me quita el frío. ¿Puedo pasar a una habitación?

—Claro —me dijo. Tuvo que ayudarme, porque yo no podía salir de la hamaca. Me llevó a su pequeño cuarto de exhibición y venta de hongos y artesanías.

Casi de inmediato se me apareció el Poderoso Señor Hongo Derrumbe. No su cuerpo, sino su voz, que se desprendía de una figura fantasmal, un espectro amorfo:

—¿Cómo estás, Francisco? ¿Puedo hacer algo por ti?

Le conté que llevaba más de diez años atrapado en una obsesión amorosa. Con Irene, una mujer más joven que yo:

—Ayúdame a salir de este pantano. Yo no puedo. Lo he intentado infinidad de veces y siempre fracaso. Y cada recaída es peor.

—¿Y ella qué dice?

—A Irene no le intereso. Una o dos veces al año accede a que nos veamos, pero sólo en plan de amigos. Su amistad es lo único que me ofrece. Y eso, a cuentagotas. Y yo la quiero como pareja.

—Pero entonces... no te entiendo. ¿Realmente quieres olvidarla o quieres que te quiera? —me preguntó en tono burlón. Las facciones de su rostro se alineaban y desalineaban.

—Quiero que me ame, que sea mi compañera, mi pareja. Es lo que más deseo. Pero ella sólo me ve como uno más de sus amigos.

El PSHD respondió de inmediato y en forma tajante:

—En el fondo sabes que es imposible que te ame. Lo sabes muy bien, pero te niegas a aceptarlo. Además, desconoces el porqué.

—Claro que lo sé: no me quiere porque soy demasiado viejo. O ella es demasiado joven para mí. Así de fácil.

—Eso es obvio. Hasta me parece insultante que lo mencionas. Hay una razón de mayor peso que ignoras.

—¿Cuál?

El PSHD me miró con cierta magnanimidad y soltó una frase de telenovela:

—Irene es tu hija.

El viento me aventó contra la pared. En ese momento abrí los ojos. Estaba pegado al muro, con la cobija enredada a mi cuerpo, pero temblando de frío, un frío que no provenía de fuera, sino de mí mismo.

—¿Irene, hija mía? Eso es imposible; es una vulgar artimaña, una pendejada tuya.

—Tú me pediste que te ayude a olvidarla, y eso estoy haciendo. Lo creas o no, lo aceptes o no, Irene es tu hija. Y si por cualquier circunstancia llegaras a estar con ella en la cama, tendrías un hijo que al mismo tiempo sería tu nieto.

—Estás bien pinche loco, eres un fraude. Lástima de mis 600 pesos. Voy a refutar lo que estás diciendo y luego quiero que desaparezcas: No puedo tener un hijo con Irene ni con nadie porque estoy vasectomizado. ¿Lo escuchas? Vasectomizado. Ahora lárgate, poderoso señor don honguito.

Sentí mucho coraje, y tuve ganas de destruir todo a mi alrededor. Invoqué al viento, y el viento sopló con tanta fuerza que aventaba los objetos contra la pared; invoqué al sonido, y todo se llenó de ruido: canto de aves, mugidos, cohetones, cacareos, balidos, murmullos, carcajadas, ulular del viento, alaridos...

—¡Cuánto poder tienes, Francisco!, me has impresionado; deberías usarlo para algo que te sirva —se burló el PSHD. Me voy, pero te diré una última cosa, a ver si esta sí me la crees —afirmó, mientras levantaba su mano derecha y detenía todo aquel caos. Es algo que podrás comprobar de inmediato, si es que tienes los arrestos: Amairani es Irene. Háblale y compruébalo. Dile que venga y hazla tuya.

—¡Lárgate ya, pinche viejo inútil!

El viento, los sonidos y el caos reiniciaron. Incluso empezó a temblar. Apreté los ojos y tuve miedo de lo que estaba ocurriendo. Me espantó la fuerza de mi poderío y de todo lo que podía provocar.

—Amairani —grité, al tiempo que abría los ojos y me percataba de que toda esa vorágine era producto de mi imaginación.

El que temblaba era yo, no la tierra. Mis rodillas chocaban entre sí, mis dientes castañeaban, sufría espasmos y, aunque sudaba, un frío terrible me calaba los huesos.

Amairani apareció en el vano de la puerta, envuelta por una especie de bruma.

—¿Cómo se siente, señor Francisco? Lo veo muy pálido.

Me desconcertó que me hablara de usted y no de tú, como lo había hecho desde que llegué a su casa, y que lo hiciera tan despacio, como en cámara lenta.

Le conté que acababa de pelearme con el PSHD. Me respondió que eso había estado muy mal.

—Se trata de que lo escuche e intente seguir sus consejos, que dialoguen, no que se molesten. El hongo es una persona diferente a usted, pero al mismo tiempo es como usted. Y no puede enojarse con él porque se estaría enojando consigo mismo, y...

La interrumpí:

—Me dijo que tú eres Irene y que vas a tener un hijo mío. Su rostro mostró desconcierto y temor:

—Eso está mal, eso no es posible.

—Ya lo sé. Sé que tú eres Amairani, pero eso fue lo que me dijo el hongo. Por eso lo corrí. Además, me ordenó que te hiciera mía.

En ese momento entró la mamá de Amairani y nos preguntó si todo estaba bien.

Como nos quedamos callados, insistió:

—¿Todo bien en su viaje, señor?

—Sí, sí —respondí. Todo bien.

Volteó a ver a Amairani, y con una mueca le preguntó qué ocurría.

—Nada, mamá, estoy platicando con el señor Francisco. Discutió con el hongo y le estoy dando algunos consejos.

Nos miró alternadamente y se retiró.

Irene es alta, esbelta, y su cuerpo recuerda al cuerpo de las mujeres veracruzanas o cubanas. Al verla, resulta inevitable pensar en un contorno de mar, arena, brisa y sol. Amairani aún está en desarrollo, y su mirada es tierna y apacible, mientras que la mirada de Irene es insegura, evasiva, y pareciera que siempre está dudando de lo que ve.

—El hongo lo está poniendo a prueba —me dijo. Al decirle que soy Irene, está tratando de alejarlo de ella. ¿Es lo que usted quiere?

—Sí y no —respondí. En realidad, me gustaría estar con ella, pero no quiere. Supongo que por mi edad.

—¿Es muy joven? ¿Es como yo?

—No tanto como tú. Yo tengo más de sesenta y ella más de treinta. Fue mi alumna, hace diez años.

—Tal vez deba reconsiderar lo que siente por Irene, Francisco. ¿Ya se preguntó por qué la quiere? ¿Porque es bonita, porque es joven o porque es buena persona con usted? ¿Qué le atrae tanto de ella? ¿Lo que siente es real, o es sólo su imaginación?

—Me enamoré de Irene cuando fui su maestro, o más bien me obsesioné, porque ella nunca ha dado ningún motivo para quererla. Insiste en que sólo puede ser mi amiga; me sobrelleva, hace el favor de tolerarme, y tampoco puedo decir que conmigo sea una buena persona. Todo lo contrario.

—Diez años es mucho tiempo, Francisco. La diferencia de edades es demasiada. Ella podría ser su hija, incluso hasta su nieta. Yo creo que usted debería recapacitar todo lo que ha sido su vida y lo que quiere que sea de aquí en adelante. Sin Irene, porque si ella no le hizo caso cuando fue su alumna, menos lo va a hacer ahora. Tal vez el hongo le dijo que yo soy Irene porque está tratando de alejarlo de ella; quizá quiere que yo hable en su nombre y lo convenza de que la deje en paz, de una vez por todas. Creo que usted debería aceptar la amistad que le ofrece y dejar de pedirle algo que ella no está dispuesta a dar. Además, imagino que usted también es muy exigente consigo mismo y supongo que con todos; lo fue hasta con el hongo. Francisco, no pida a las personas aquello que no quieren o no pueden darle, ni les exija que se comporten como usted quiera que lo hagan. Acepte con gratitud lo que le den. No rechace nada, pero tampoco exija nada. Eso es lo que yo puedo decirle, Francisco, y creo que

es la enseñanza que el hongo habría querido transmitirle, o más bien que lo hizo, a través mío.

El efecto del PSHD duró alrededor de tres horas. Al despedirme de Amairani, en vez de dirigirme adonde se encontraba el grupo, decidí caminar un rato por el bosque. Estaba exhausto pero feliz, colmado de una paz espiritual y una tranquilidad inéditas; cansado pero vivo. Caminé por un bosque pletórico de distintas tonalidades de verdor. Las últimas palabras de Amairani reverberaban en mi cerebro: *Acéptate y acepta a los demás como son; no te exijas más de lo que puedes dar, ni exijas a los otros que te den más de lo que quieren y pueden.*

11

II

MI SEGUNDA DOSIS LA CONSUMÍ EN LA HABITACIÓN de la Posada Olivo, en Mazunte, Oaxaca, el martes 24, a las seis de la mañana, en ayunas. La había comprado con Amairani, al regresar de mi paseo por el bosque. Pasé a agradecerle su paciencia y su sabiduría y no resistí la tentación de llevarme una bolsita, por si las dudas.

El efecto inició 30 minutos después, con una exacerbación de los sentidos, en particular de la vista y el oído, y un ligero adormecimiento del cuerpo. Nuevamente, el ulular del aire; las ramas de los árboles y las palmeras moviéndose en forma caprichosa, como una coreografía vegetal. Pero mi atención se concentró en una hoja superior de la palmera, en la cresta de la copa, que más que moverse parecía titirar. Yo sabía que ella sabía que la estaba observando, por lo que supuse que algo trataba de decirme mediante su vibración, una especie de clave morse del reino vegetal. Pero el lenguaje

humano y el lenguaje de las plantas son incompatibles, por lo que fracasé en el intento de descifrar su mensaje.

El resultado de esta incomunicación fue que, de pronto, y para mi sorpresa, todas las plantas envejecieron. Ya no eran verdes sino grises; las hojas habían perdido su majestuosidad, pues se mostraban lánguidas y cansadas. Al mismo tiempo me entró un sopor pesado y espeso, al grado de que tuve que ir a mojarme la cara para no quedar dormido sobre el escritorio.

12

Así fue el arranque de mi segunda experiencia con el PSHD. Esta vez no estuvo Amairani para acompañarme, pero sí Irene. A las 6:57 de ese martes le envié este mensaje por WhatsApp:

«En estos precisos momentos estoy teniendo el segundo viaje con el PSHD y tú me estás guiando. Es todo lo que puedo decirte. Gracias. Me gustas y te amo».

No contestó. Media hora después le escribí de nuevo:

«¡Cuánto sueño! Creo que voy a dormir. No quiero, pero estoy demasiado cansado y me ha entrado mucho sueño. Él está junto a mí, el PSHD, silente, observándome, juzgándome. Tengo una taza de café a la mano. Pero no lo voy a tomar. No quiero nada dentro de mí. Sólo tú y el PSHD».

Entonces respondió. Tuvo palabras que en más de diez años jamás me había escrito:

«Disfrútalo, Francisco.

Relájate y déjate llevar.

Te mando un abrazo.

Estarás bien.

Fluye.

No temas.

Todo saldrá bien.

Aquí estaré de cualquier forma».

Gracias a esta insólita andanada de muestras de apoyo, me sentí seguro a la hora de mi esperado segundo debate

con el PSHD, quien, de entrada, reconoció que Irene no era mi hija, y que tampoco tendría un hijo con ella. Extrañamente, estuvo lacónico y dócil.

—No tengo nada más que decirte —concluyó. Disfruten su amor y sean felices. Aquí la tienes:

¡Irene apareció a los pies de mi cama! Yo estaba soñando, por supuesto. Después de leer sus mensajes, me recosté y quedé dormido, así que el viaje transcurrió en la dimensión onírica y no en la vigilia.

La presencia de Irene me sobresaltó, de inicio, pero después me llenó de júbilo. Verla ahí, en la habitación, parada enfrente, moviendo con su mano mi pie para que despertara y observándome con cariño, me conmovió.

—¡Por fin! —dije para mis adentros.

Lloré de felicidad. Sin quitarme la vista de encima, mirándome directamente a los ojos, se despojó de la blusa. No llevaba sostén. Sus senos eran como los había imaginado y acariciado mentalmente, el color de su piel, menos moreno que la del resto de su cuerpo. Se sacó el pantalón y, sin prisas, lo dobló y acomodó sobre el escritorio. Subió a la cama, se recostó junto a mi cuerpo desnudo, me acarició el rostro y, con ligeras variantes, pronunció en mi oído las palabras que me había enviado por WhatsApp: Disfrútalo. / Relájate y déjate llevar. / Estoy aquí para abrazarte. / Estaremos bien. / Fluye. / No temas. / Todo saldrá bien.

Nos besamos.

Al quitarle la pantaleta, sentí algo raro en su entrepierna, pero antes de que pudiera reaccionar, con un movimiento rápido y fuerte me puso boca abajo e introdujo un enorme pene. Sentí que iba a desmayarme del dolor.

Entonces reapareció la voz del PSHD:

—Conque querías cogerte a Irene, ¿verdad? Pues resulta que soy yo quien te está metiendo la verga. ¿Qué me dices ahora, listillo, chillón, maricón? ¿Me ganaste o te gané?

Lloré de nuevo, por el dolor y la frustración; por mi ingenuidad; por todos los errores cometidos en mi vida, y por la certeza de que ya no tenía nada por hacer, salvo morir.

Exánime, sentí que un fuego líquido arrasó mis entrañas, que llenó mi cuerpo de humo y me impidió respirar; me estaba asfixiando.

—Ahora ordeno que te saques los ojos, para que dejes de fisgonear a Irene. Así evitarás cometer incesto —retumbó la voz del PSHD.

—Jamás —susurré.

—Jajajaja, cobarde. No te preocupes, te dejo aquí a una amiguita que lo hará por ti, a picotazos. Hasta nunca —dijo y desapareció.

Giré el cuerpo, vi cómo un águila se desprendía de un árbol dentro de la enorme habitación volando hacia mí, con sus monstruosas garras por delante. Instintivamente me tapé los ojos. En ese momento escuché a alguien sollozar; me golpeaba el pecho con los puños:

—Paco, Paco, despierta. Tienes que moverte para escapar de este mal sueño. Reacciona, hijo —imploraba, mi querida Nana Mina.

Con esfuerzo abrí los ojos y alcancé a ver cómo mi mamá se difuminaba en el aire. El águila y el árbol también habían desaparecido. Me encontraba recostado, vestido y agotado.

Lloré inconsolablemente, por mi mamá, por Irene, por mí.

Me quedé mucho rato en la cama, recuperando la respiración, reviviendo el viaje, repasando mi vida.

Al cabo de un tiempo me levanté y salí del cuarto. Marco Tulio, el dueño del hotel, estaba en el jardín. Parecía una escultura de madera, inmóvil, al igual que las plantas, los perros... el planeta.

Se acercó a mí y preguntó si me sentía bien. Respondí que sí.

—Pues te ves fatal. ¿Ocurre algo?

—Nada —respondí. Tengo mucha sed. Voy a salir a tomar un whisky.

—¿Whisky, a esta hora? ¡Apenas son las diez! Deberías de desayunar primero.

—No, Marco, gracias. Tengo ganas de un trago.

Se me quedó mirando, movió la cabeza y pronunció algo ininteligible, en italiano. Cuando abrí el portón, alcancé a escuchar:

—Cuídate, Francesco.

Caminé hasta San Agustinillo y me dirigí al barcito que dos días antes había conocido. Lo atiende una mujer muy parecida a Irene, y que, en el colmo de las coincidencias, se llama Ruby, como el segundo nombre de Irene.

No tenía Johnnie Walker Etiqueta Negra, pero me ofreció Jack Daniel's.

—¿Solo o con agua mineral?

—Dame la botella, Ruby. Y un vaso.

Me dirigí a la playa y me senté en una de las mesas con sombrilla.

Solo, frente al inmenso mar.

P S H D

de Francisco Valencia,
se terminó de imprimir durante el mes
de marzo de 2025,
en Guadalajara, Jalisco.
México.

La edición consta
de 75 ejemplares, numerados y
firmados por el autor.